



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 12181

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península — Un mes, 2 ptas — Tres meses, 6 id. — Extranjeros — Tres meses 11'25 id — La suscripción se contará desde 1.º á 16 de cada mes. — La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

SABADO 21 DE JUNIO DE 1902

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro. — Corresponsales en París, A. Lorette rue Danmarlis 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

Suma y sigue

Apenas escrito y publicado nuestro artículo de fondo de ayer *Cosas horribles* y como si quisiera darnos la razón respecto a que hace falta algo para restablecer el equilibrio moral, la prensa de Madrid y de provincias viene como nunca abundante de crónica negra.

Los delitos contra la propiedad han pasado á ser pequeñeces. Antes alarmaban pero hoy son cosas insignificantes. Los atentados contra el prójimo casi han llegado á ser fruslerías. En cualquier taberna se emborrachan dos hombres y salen á relucir las navajas para dilucidar á quién toca satisfacer el gasto. Por deudas risibles se derrama sangre. Por una palabra torpemente dicha y más torpemente interpretada, se arma una de tiros que obliga á funcionar al juez, al médico forense y al sepulturero.

Todo eso es, pecata minuta, el pan de cada día, cosas que casi no impresionan, porque á fuerza de verlas repetirse, casi han tomado carta de naturaleza en las costumbres. Sucede con ellas lo que con los caballos en las plazas de toros: los vemos caer y nos enojamos de hombros. Leemos la crónica negra y no nos produce el más pequeño efecto.

Pero surgen sucesos tremendos, antes de vez en cuando, ahora todos los días. Apenas terminado ayer el artículo de entrada, tropezamos en las columnas de un periódico con un ser depravado que abofeleó á su madre. Luego nos sirvió el «Heraldo de Madrid» un plato de esa crónica por demás horrible.

Lo titulaba «Un crimen feroz», y se ha realizado en un pueblo de treinta vecinos llamado Villar Maza.

De él ha sido víctima un niño de catorce años.

Al agresor, que tiene veinte años, le cae que ni pintado el calificativo de bestia humana. Bestia, más que bestia. Sus instintos feroces no se apaciguaron al ver muerto á sus pies de una tremenda cuchillada al pobre niño que le había ganado jugando á las cartas algunos reales. Y con un ensañamiento de que no sería capaz una fiera que no tuviese hambre, le cortó la cabeza y los brazos; le rompió las costillas y lo sembró en pedazos, creyendo sin duda que de esa manera no sería identificado el cadáver.

Y hay en ese trágico suceso una cosa horrible, monstruosa, enorme. Se ha desarrollado en presencia de otro niño de trece años, que aparece cómplice del feroz delito porque fué comprado su silencio con un duro, robado por el agresor á la víctima.

Siéntese al leer estas cosas hondo desconsuelo y en medio de la indignación que se apodera del espíritu hay que hacer lugar á la reflexión para pensar con calma. Ese estado social de las clases humildes y especialmente de ciertos pueblos de escaso vecindario, responde á una causa de todos conocida: la falta de instrucción.

El censo nos dice que hay millones de españoles que no saben leer. Durante muchos años el maestro de escuela ha sido considerado por los municipios pequeños como carga insostenible.

Y con los maestros no pagados, en muchas ocasiones perseguidos, en general considerados como ob-

jetos de bafa, las escuelas cerradas y los niños en medio de la calle recogiendo lo que puede recogerse en el arroyo, la infección moral, ¿qué puede ocurrir?

Lo que ocurre: un estado tremendo que justifica la enorme población que llena los presidios.

Lo que se ha venido haciendo con los maestros de instrucción primaria era un crimen y éste no podía pasar sin castigo.

Si se ha de restablecer el equilibrio moral es necesario tener voluntad. Declarar la instrucción obligatoria y gratuita y obligar con severidad á los municipios á cumplir su deber.

Las tormentas del 48

Se ha puesto á la venta un nuevo volumen de los «Episodios Nacionales», del insigne Galdós.

De este hermosísimo libro, publicamos el fragmento que sigue:

Esta inhibición de la ciencia pronunciándose en retirada, me colmó de amargura; yo no sabía qué hacer, ni con qué fórmulas piadosas abordar á los que deben disponerse para el trance último. Consultada Margarita sobre el particular, puso fin á mis dudas diciéndome que en la vecindad hay un clérigo que suele asistir á los moribundos pobres. Llámase el tal D. Martín, y vive en el Callejón del Infierno. Margarita le conoce y Antonia también. Propúsose la prouidera preparar el ánimo de su inelizable amiga con un caritativo embuste, para que conceptuase natural la visita del clérigo, y así lo ha hecho esta tarde; véase cómo: «Querida, ¿no sabes á quien me encontré en la plaza hace un ratito, cuando bajé? Pues á D. Martín, que me preguntó por tí con muchísimo interés. Díjole yo que subiera á verte, y él dijo, dice: «Ahora no, cuando esté mejor. No quiero molestarla.» Y yo dije, digo: «Pues mejor está, gracias á Dios y á San José bendito. Bien puede subir cuando quiera.» Calló Margarita, esperando el efecto de su fic-

ción en el turbado cerebro de Antonia, y ésta tras larga pausa, respondió: «Me alegraré que suba pronto D. Martín para que me descanse de Sotelo, pues ya me pesa este vejigatorio de hombre pegado á mí... ¿Y cómo apuesta á vizcajo?»

Determinamos llamar al cura, y diciéndole estábamos Margarita y yo la ocasión de esta visita, cuando llamaron á la puerta, y entró Leovigildo, sobrino de Segismunda. Al fin mi cara familiar se acordaba de mí, y me enviaba por embajador aquel chico simpático, mala cabeza con excelente corazón y salidas de lenguaje muy oportunas. Por él supe que allá tenían noticia del dolo, cómo no, si todo Madrid lo sabía, y se alegraban de que yo no hubiese tenido ni un rasguño. Se habla ha mucho de mi valor en el lance, de mi arrogancia serena, y era motivo de general alegría que yo lo hubiese roto un hueso al señor Andrade, que presumía de conserse los niños crudos.

Dijome también que en el café de los «Dos Amigos» y en el de «Amato» ha corrido esta tarde la voz de que Andrade está dando las boqueadas, y que yo soy el héroe del día en Madrid. Contóme además las historias que acerca de los orígenes del lance corrian, y en ellas he visto, con locamente levanta el vuelo la fantasía del público. La versión más corriente era que Andrade había insultado á una dama, y que yo, sin conocer á éstas, salí á su defensa, con exaltación de audaz caballero y de paladín del sexo débil. Eterna la merezco yo por tal conducta y también por mi generosidad, pues habría podido matar á mi contrario con sólo quererlo, como que es mi puntería tan certera que donde pongo el ojo pongo la bala, anda; moronal... pero me contenté con romperle el brazo derecho. Por fin entregóme Leovigildo una carta que habían llevado á casa. Era de la benditísima Sor Catalina de los Desposorios, contestación á la que le escribí negándole por conocimiento propio, «¿¿¿¿¿ auditos, á tragar la píldora matrimonial que propinarne quería. No se mostraba iracunda mi hermana en su respuesta, sino burlona y algo maleante, tratándome como á un chiquillo, y asegurando que no tendría yo más remedio que someterme á

cuanto ella y otras personas dispusieran acerca de mí. Guapezas de monja no me afectaban mayormente: no hice caso, y con mi amigo hablé de toros, á que él era muy aficionado, y de teatros, mi predilecta atención.

En ello estábamos cuando entró Nicolás Rivero, que, si bien no dispuso la inquietud que yo sentía por Andrade, desahizo en un instante el embuste contado por Leovigildo: el herido no estaba peor, y el pronóstico no era malo. La bala, adherida al húmero, sería pronto y fácilmente extraída. En esto pasó Leovigildo á ver Antonia, á quien conocía, por ser hombre muy bien relacionado en la sociedad de manetas, y Rivero me habló un poco de política, que á la verdad, no despertaba en mí gran interés. A la curiosidad que en otro orden de ideas me manifestó, hubo de responder explicándole por qué concatenación de circunstancias anómalas me encuentro apostado en esta casa; y al saber que hay en ella un caso grave de pulmonía, invocó mi amistad y su título de médico para que le permitiese verlo y darme una opinión.

Accedí gustoso, y cuando volvímos á la sala, después de pulsada la enferma y preliminarmente examinada de rostro y pecho, díjome que la encontraba mal, y que necesitábamos la última prueba dándole á beber «Jerez superior, á ver si pega un bote la naturaleza, ya tan caída, y se levanta.» Como buen vitalista, creí inútil combatir los síntomas, y aun el trastorno general que los produce.

La Medicina no es más que el arte de ayudar á la vida, y lo que yo haga está, defendiéndose como una leona, sé lo bastante la Terapéutica y la Farmacia. Si esta teoría es la única eficaz en el cuerpo humano, no lo es menos en el cuerpo social... ¿Qué son las revoluciones más que pura teoría vitalista?

Estas generalidades le llevaron á un nuevo despotismo político, asegurando que España está catiléptica y necesita de grandes acudimientos que la desparillen... ¡Reformas, reformas! Es Rivero un talento viril, algo difuso, que fácilmente salía de cima en cima, con más brillantez que método....

Oí con gusto su lengua cecosa, que, al

Probad los Cognacs de HENRI GARNIER y C. A

73

HANIA

Entre tanto, Hania, había dicho:

—¡Dios mío, señorito, cuánta tristeza reinará aquí, sin vos!

—Volveré por Pasqua, —contesté muy quedo, pero con un tono de voz de bajo profundo.

—¡Ay! ¡van tantos días de hoy á Pasqua!

—No muchos, —baluceó de nuevo.

En aquel momento precipitose en la estancia Selim, y detrás de éste, mi padre, el padre Luis, la señora de Ives y otras personas.

—¡Al trineo, al trineo! —oí que me decían.

Todos nos acompañaron hasta la puerta. Mi padre y el padre Luis me abrazaron de nuevo, y cuando le tocó el turno á Hania, sentía en mi alma un irresistible deseo de estrecharla entre mis brazos y besarla, como antes... mas no tuve valor para hacerlo.

—Adiós, querida Hania, —dije tendiéndole una mano, mientras se atropellaban en mis labios mil palabras cariñosas y sentía destrozarse el corazón á impulsos del dolor de aquella despedida.

De pronto ví que Hania lloraba, é instantáneamente se despertó en mí el espíritu de contradicción y un deseo tan insoportable de ensañarme en mi herida, tanto como jamás en mi vida lo he vuelto á sentir. A pesar de que sentía que se me despedazaba el corazón, dije con tono rudo y frío:

72 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA

montado en un enorme perro que en aquel momento acababa de pasar por allí, y por lo tanto, quedé solo con Hania. Llenáronseme de lágrimas los ojos y me disponía á articular las más dulces y afectuosas palabras de amor, etc., la quería confesar la pasión que ella me inspiraba, pero me sentía impelido á murmurar á su oído: «¡Doltrada Hania,» y á crubrirle de besos las manos.

Había llegado el momento favorable para una declaración semejante, porque en presencia de los demás no la habría podido hacer aun, siendo posible, sin despertar la atención. Pero dejé pasar de una imperdonable aquella oportunidad. Habíame aproximado y á ella, habíala ya tendido la mano con tan poca gracia y con tan poca naturalidad, que aún hoy me da vergüenza, y luego exclamé:

—¡Hania!

Y lo dije con una voz que á mí mismo me pareció tan extraña, que me interrumpí en seguida y guardé silencio. Me habría dado de bofetadas á mí mismo.

69

HANIA

primer objeto que me venía á mano, para tener ocasión de bajarme á recogerlo y ocultar así mi rubor. Y el padre Luis tomaba un polvo, diciendo con aire grave y solemne.

—A mayor gloria de Dios.

A todo esto fuerón llegando á su fin las vacaciones de Navidad. Mis secretas esperanzas de poder quedarme unos días más en casa no se realizaron; puesto que cierta noche anunciáse al «respetable señor» que tenía que marchar á la mañana siguiente. Tenía, pues, que partir inmediatamente, porque teníamos que detenernos un poco en Kórbell, para despedirse Selim de su padre. Con este motivo, estábamos levantados ya á las seis de la mañana, es decir, mucho antes de que amaneciera.

¡Ah! Mi pecho estaba todavía más obscuro y más tempestuoso de lo que lo estaba aquella mañana de invierno. También Selim estaba de mal humor. Apenas hubo sacado de la cama los pies para vestirse, declaró que este mundo era estúpido y que estaba muy estúpidamente ordenado, en lo cual estuvo completamente de acuerdo con él. Nos vestimos entrambos después de hecha la anterior consideración, y pasamos, de la llamada «hospedería», al caso de edificio central, para desayunarnos. El patio estaba todavía completamente obscuro. Un viento fresco nos lanzó al rostro punzantes briznas de nieve. Las ven-